

# REVISTA DE DERECHO

AÑO XVII

JULIO - SEPTIEMBRE DE 1949

N.º 69

**DIRECTOR: SR. ORLANDO TAPIA SUAREZ**

## **COMITE DIRECTIVO:**

**SRES.**

**ROLANDO MERINO REYES**

**QUINTILIANO MONSALVE J.**

**JUAN BIANCHI BIANCHI**

**VICTOR VILLAVICENCIO G.**

**MARIO CERDA MEDINA**

**ESCUELA TIPOGRAFICA SALESIANA - CONCEPCION**

**HENRI ROBERT**

## EL MAGISTRADO (\*)

"La más hermosa función de la humanidad, ha dicho Voltaire, es la de hacer justicia".

Dupin, en uno de sus discursos de apertura de los Tribunales, ha hecho del Magistrado este elocuente elogio que puede servir de réplica al elogio del Abogado por el canciller D'Aguesseau:

"Asegurar el reinado de las leyes y la paz entre los ciudadanos; permanecer impassible en medio del choque de las pasiones y de la agitación de las partes; ordenar, prohibir, castigar en nombre de la Ciudad; ¡Qué misión, señores! ¡Cómo es de admirable por su grandeza! ¡Cómo es de absorbente por las virtudes que exige y las responsabilidades que impone!"

Quien está investido de esta misión tan alta y temible, el Magistrado, no tiene en nuestras modernas sociedades, es preciso confesarlo, el lugar que debería tener.

Cuando se recuerda lo que fueron los grandes magistrados del Antiguo Régimen, de quienes la Historia nos ha conservado los nombres gloriosos y respetados, uno no puede desprenderse de un sentimiento de pesar al considerar la suerte, tan poco digna de sus funciones, que nuestra democracia reserva a sus descendientes.

---

(\*) Traducción de Quintiliano Monsalve Jara, del Capítulo XIII de la obra "El Abogado" de Henri Robert, publicada por la Editorial Hachette en la colección "Los caracteres de nuestro tiempo". París, 1923.

Imaginad, por un instante, lo que fué la magnífica existencia de esas poderosas familias de magistrados: los Lamoignon, los D'Ormesson, que, de padres a hijos, se transmitían el cargo e ilustraban su profesión.

"Ellos no se atenían a otra cosa que al honor y a la justicia", según la expresión de Saint-Simon.

Pero tenían todo por añadidura: nobleza, fortuna, influencia, honores, consideración e independencia hasta el punto de que no temían, si era necesario, hacer valer frente al Rey Sol y sus Ministros, como sucedió cuando éste, por intermedio de Colbert intentó intervenir en el proceso de Fouquet y dictarles la resolución que debían pronunciar.

¡Qué hermosa unidad de vida y qué admirable aplicación al deber cotidiano en esas largas carreras judiciales, por entero consagradas al honor, a la conciencia y a la abnegación por la justicia!

Tenían el cuidado de transmitir a sus hijos, al mismo tiempo que el cargo hereditario, un nombre rodeado de la consideración de todos y el ejemplo de sus altas virtudes. Tenían, en fin, la fortaleza moral de su conciencia de creyentes!

Por ello, qué hermosas figuras de magistrados nos han dejado...

Recordemos los elogios que les prodigaron sus contemporáneos.

La epístola de Boileau a Lamoignon "sobre los placeres campestres".

El elogio fúnebre del Presidente De Bellièvre por el ilustre Patru: "qué lejos estaba de la torpe impaciencia que no permite comprender bien los asuntos de las partes, la que conduce casi siempre al error o a la injusticia..."

"Todos los que han gustado los preciosos frutos de su justicia, lamentan su desaparecimiento y le rinden el más sincero de sus homenajes..."

"Si el cielo le permitiera vivir por segunda vez, estamos seguros que viviría como antes..."

Felices aquellos a quienes los testigos cotidianos de su existencia, pueden, sin ofender la verdad, discernir tal elogio.

## EL MAGISTRADO

299

¡Y, cómo comprendían su misión esos grandes magistrados!  
¡Qué sumo cuidado ponían en cumplir con su deber!

Recordemos esta página definitiva de D'Aguesseau, que pone en guardia al magistrado contra el peligro de las fórmulas hechas y de anteriores decisiones de la jurisprudencia mal aplicadas.

"La ciencia tiene sus prevenciones y algunas veces más que la ignorancia misma. Menos ocupado de lo que es, que de lo que ha sido, el magistrado se acostumbra a decidir de memoria más que por razonamiento y, más atento al derecho que cree saber que al hecho que debe estudiar, trabaja menos en encontrar la justa decisión del asunto que en justificar una jurisprudencia extraña a él".

¡Qué firmeza y justeza de pensamiento, qué experiencia profesional y qué amor a su función, denotan estas simples reflexiones!

En verdad, cuando se releen las páginas que nos han dejado esos grandes magistrados, cuando se nos representa lo que era su existencia, todo trabajo y dignidad, repartida entre los honores de su vida profesional y su estudiosa vida de familia, sin mezquinas e irritantes preocupaciones materiales, cuando se evoca el gran crédito de que disfrutaban y se imagina lo que eran en la sociedad de su tiempo, el lugar y el rango que en ella tenían, se aprecia mejor la plenitud y profundidad de esta fórmula hoy día sin sentido: "¡Nobleza de toga!".

Nuestra magistratura contemporánea no ha desmerecido y practica el mismo culto del honor y de la justicia que antes la caracterizaba.

Hay aún, en Francia, jueces que son dignos descendientes de los magistrados de nuestros Parlamentos. Pero, su suerte muy a menudo es ingrata y poco digna de sus méritos.

La profesión de magistrado ha llegado a ser, materialmente tan precaria, que corre el riesgo de caer en una desgracia cada día más marcada.

Ya los concursos que se abren reúnen frecuentemente menos candidatos que plazas a llenar.

Y es que, para un joven consciente de su valor y libre de elegir, la carrera de magistrado ofrece cada día menos atractivos.

Iniciarse a los 26 años, después de largos y costosos estudios, como Juez suplente o como substituto en un Tribunal de tercera clase, menos retribuido que un barrendero municipal, para vegetar durante años en una pequeña, triste y perdida ciudad de provincia, con la sola esperanza de un ascenso mezquinamente medido que lo enviará a otro rincón de Francia, a continuar la misma existencia mediocre y sin interés, no tiene nada de tentador para quien se siente con la inteligencia, los conocimientos, la energía y la ambición suficientes para aspirar a mejor suerte.

Lo que es verdad en las esferas inferiores de la magistratura, deja apenas de serlo en los cargos más elevados, aquellos a los cuales no se llega sino después de una larga carrera y cuando se ha servido, no solamente en forma meritoria, sino también con una suerte excepcional.

Los primeros magistrados de Francia, los del Tribunal y de la Corte de Apelaciones de París, y, aún, los de la Corte de Casación, sólo tienen remuneraciones irrisorias, si se las compara con las de los antiguos magistrados del Parlamento o con las de los jueces ingleses o norteamericanos de la misma categoría.

Un magistrado que carece de fortuna personal y que está reducido a su escaso sueldo para vivir, hacer vivir su familia y mantener su rango —entendiendo por ello solamente salvar las apariencias más esenciales—, se encuentra actualmente, aún a pesar del último aumento de sueldos, en la situación más crítica y en la más penosa escasez.

Y bien, ¡pensad que esos magistrados tienen en sus manos la suerte de litigios cuantiosos, que el honor y la consideración de las familias más poderosas dependen muchas veces de los fallos que dicten!

Disponen, por sus fallos, de inmensas riquezas. ¡Y apenas tienen de qué vivir!

Así se explica esta reflexión, brutal pero típica, que el distinguido Presidente del Colegio de Abogados de Bruselas M. Théodor, nos contaba, no ha mucho, haber escuchado de ricos litigantes americanos.

Estos tenían un juicio relativo a varios millones y cuyo éxito, se concibe, los tenía muy preocupados, por lo que se informaban



## EL MAGISTRADO

301

continuamente con su abogado acerca de todos los medios conducentes a obtener una sentencia favorable. Uno de ellos, hombre de negocios positivo y práctico, aunque poco delicado, terminó por preguntar: ¿Dígame, qué sueldo ganan los magistrados que nos juzgarán? Y como el abogado, sin malicia, les dió a conocer la cifra por demás modesta, ésta pareció tan irrisoria a sus interlocutores que, inmediatamente, expresaron que debía ser muy fácil, mediante un ligero sacrificio, asegurarse la buena voluntad de jueces tan mal retribuidos. A su eminente defensor le costó trabajo convencerlos de la inutilidad de semejante gestión, por completo incompatible con nuestros viejos hábitos europeos y que ella sólo les acarrearía graves disgustos.

Nuestra magistratura ha conservado intactas sus antiguas virtudes. Su divisa es: trabajo, honor y probidad.

Pero no solamente los sueldos de los magistrados deben ser revisados y considerablemente aumentados. También el actual sistema de ascensos debe ser modificado.

Nuestra organización judicial es la obra de Napoleón. Su cerebro militar no estaba en manera alguna preparado para una obra semejante. Llegado al poder por un golpe de audacia en el caos post-revolucionario, teniendo que rehacer todo en un país convulsionado, su idea dominante fué la de creer que la autoridad podía suplirlo todo, idea que, por lo demás, era propia de su profesión.

La magistratura está enmarcada todavía en esta tendencia del espíritu napoleónico, que parece considerar, a priori, que "cualquiera que es bueno para algo, puede servir en cualquier parte y en cualquier cargo".

Por ello, el ascenso de los magistrados se resiente de esta concepción simplista. Pasan, en el curso de su carrera y para los efectos de su ascensión jerárquica, de una función a otra en una forma desconcertante y no siempre con buenos resultados.

Nada más disímil, en efecto, que los diferentes cargos que un magistrado puede desempeñar en el curso de su carrera: desde su modesta iniciación como juez suplente hasta el término de ella, puede recorrer todas las escalas de la magistratura sentada y de pie, civil o criminal.

Ahora bien, la complejidad de funciones tan variadas no permite que, el que es apto para algunas de ellas, pueda serlo igualmente para las demás. Esto explica que hayamos conocido excelentes procuradores de la República que parecían no sentirse bien como presidentes de tribunal, y que notables jueces de instrucción, llegados a ser consejeros de Corte de Apelaciones, aparecieran como inactivos, o muy buenos jueces hicieran un deplorable papel como abogados generales.

Agreguemos que, en provincia, los movimientos judiciales merecen doblemente tal nombre, porque el cambio de cargo implica traslados complicados y costosos para las familias numerosas y sacan al magistrado ascendido del medio que comenzaba a conocer y de funciones que desempeñaba bien.

En el fondo, nada es más ilógico y absurdo que estos cambios producidos por los movimientos judiciales, que evocan, yo no sé qué singular y gigantesco juego de cuatro esquinas... ¿Y no es verdad, en efecto, que a los cuatro puntos cardinales de Francia son dispersados los magistrados, según sean los cargos que están vacantes?

Parece, sin embargo, que el remedio a este estado de cosas no es difícil de encontrar.

¿Por qué no existirá una especie de ascenso en el mismo lugar en que ejerce, para recompensar al magistrado laborioso y meritorio en las funciones mismas en que ha sobresalido?

Así se aseguraría la fijeza y continuidad en el esfuerzo que son, en lo judicial, como en lo demás, las condiciones necesarias a toda obra útil, sólida y durable.

Esta clase de ascenso tendría otra ventaja: la de agregar al prestigio del magistrado el permitirle, por su estabilidad, ganar la consideración de los sometidos a su jurisdicción.

De esta manera se obtendría, por un medio diferente, una situación comparable a la que creaban, bajo el Antiguo Régimen, la propiedad y la herencia de los cargos judiciales.

Por otra parte, el magistrado, más habituado a su función y más al corriente de su trabajo, podría sin duda realizar una tarea más considerable, lo que permitiría reducir el número de jueces y retribuirlos mejor. En caso de necesidad, para estimular su celo

## EL MAGISTRADO

101

y remediar la lentitud tradicional de la justicia, podría amenazárseles con volver a poner en vigencia las disposiciones de la Capítular 755 de Carlomagno, que ordenaba que "cuando un Juez tardara en dictar sentencia, el litigante podría ir a establecerse, a vivir en su casa y a sus expensas". Con la crisis actual de la vivienda y la carestía de la vida, esta sanción sería particularmente temible!

En fin, sería muy deseable volver, para el reclutamiento de la magistratura, a una práctica que existe en Inglaterra y que también existió antiguamente entre nosotros, y, más recientemente, bajo el Imperio y la Monarquía de Julio.

Hardoin de Péréfixe, en su "Historia de Enrique IV", dice: "El número de los oficiales de justicia era pequeño y el orden que se observaba para llenar los cargos del Parlamento muy satisfactorio. Se acostumbraba tener un registro de los más hábiles abogados y juristas, y, cuando algún puesto vacaba, se escogía de allí tres nombres para presentarlos al rey a fin de que eligiera".

Por este medio se inyectaba, si así pudiera decirse, sangre nueva en la magistratura, reclutándosele hombres de valor que habían dado pruebas de talento y que acrecentaban su prestigio.

Esta práctica fué felizmente continuada bajo el Imperio y la Monarquía de Julio. ¿Será necesario recordar los nombres famosos de Dupin y de Chaix d'Est-Ange que, después de haber ilustrado el foro, contribuyeron en los cargos más elevados a dar renombre a la magistratura?

Los ingleses continúan recurriendo a este procedimiento para designar sus más altos jueces, con los resultados más halagadores.

Pero no creo que sea necesario subrayar la necesidad de poder ofrecer a estos grandes abogados o juristas eminentes, cuyo concurso se desea para esta tarea, un cambio que no sea desventajoso.

Si sacrifican su independencia, es necesario que ganen en prestigio; si consienten en abandonar su situación, debe proponérseles algo que les impida echarla de menos.

Ahora bien, ¿existe actualmente una situación tal en nuestra magistratura, por demás numerosa y mal retribuida?

Basta con hacer la pregunta.



En tanto la respuesta sea negativa, probará por sí misma que la magistratura no tiene la situación que debería tener; que en nuestra democracia, donde la política y el dinero influyen más de la cuenta, se hace indispensable una reclasificación de los valores y que es preciso comenzar por dar al magistrado, dispensador de la justicia, el prestigio y la situación que debe tener (\*).

\* \* \* \* \*

---

(\*) **NOTA DEL TRADUCTOR.**—Marcel Rousselet, en su "Historia de la Justicia", publicada por las Prensas Universitarias de Francia, hace pocos años, explica y, en cierto modo, justifica la obra de Napoleón en la organización judicial de su país, señalando su tendencia a refundir la magistratura del antiguo régimen con los mejores elementos salidos de la Revolución. Sostiene que a esa fecha, —1943— la judicatura francesa conserva sus antiguas virtudes, pese a los defectos del sistema de su reclutamiento, ascensos y escasa remuneración, esta última, comparativamente inferior a la de la nuestra.

A lo anterior podemos agregar, que la alta calidad de la magistratura gala, bajo el punto de vista técnico y científico, lo revela la simple lectura de su jurisprudencia, aparte de las producciones jurídicas, filosóficas, históricas y, aún simplemente literarias, a que se encuentran vinculados los nombres de muchos de sus miembros, lo que constituye un ejemplo digno de imitar.

---